

# Anselmo H. Rivas

ADAN VIVAS



En breves palabras trataremos de hacer los retratos de aquellos de nuestros compatriotas que llaman la atención de sus paisanos en el terreno de la política o de la literatura. Poco habrá de importarnos, cosa extraña, saber dónde esos notables nacieron, en que fecha, ni la clase de escenario que tuvieron en los días de su infancia. Trataremos de presentar a esos hombres tal como los vemos. Venimos a sorprenderlos en su camino, en el seno del resultado de sus luchas. Los vamos a sacar al frontispicio, en la forma en que suponemos serán tallados por el porvenir, tal como los sienten y los clasifican al analizarlos, aquellos espectadores de los hechos de esos personajes, cuando esos testigos de sus manejos actuales, de sus combates pasados y presentes, sean jueces que fallen con imparcialidad sobre las figuras que en estos artículos va a encontrar el lector.

Si alguno de tales nicaragüenses, y trataremos sólo de los vivos, muriese después que se de principio a este trabajo, haremos de caso que no ha rendido ese personaje su tributo en los altares de la Parca inflexible, y sobre sus cenizas aún calientes, nuestra voz habrá de resonar, como si hablásemos enfrente de quien puede defenderse todavía.

Con un crucifijo por delante de nuestros ojos podríamos jurar que la influencia de nuestras ideas en política y en arte, no vendrá a poner en nuestros discursos sobre los espíritus que vamos a estudiar, ni una sombra inmerecida que empañe exprofesamente la luz de algún carácter, ni un reflejo que dore una conducta que merezca el reproche.

Sabemos de antemano las muchas contrariedades que nos aguardan al emprender este trabajo, sabemos que vamos a incurrir en el disgusto de muy buenos de nuestros amigos, cuando al formular un juicio, discrepemos de los suyos, sea en pro o en contra del célebre nombre que escribamos en el papel. Si, nada de eso se nos oculta, pero conociéndolo, entramos en nuestra faena con el alma resuelta.

*The Victoria at rest*; esta frase inglesa se lee bajo un cuadro que existe en el **Club Metropolitano** de Washington. Representa la pintura a que nos referimos, al buque insignia que montaba Lord Nelson en el célebre combate de Trafalgar. *The Victoria at rest* quiere decir **El Victoria en descanso**, pero en su descanso eterno. Aparece el navío en su lecho construido de pilastras, de donde no irá a moverlo, para conducirlo de nuevo a las olas inflamadas, ninguna mano guerrera. Allí se ven aquellos mástiles que desafiaron el furor de la metralla. Hace ya cerca de cuatro años que nuestros ojos vieron aquel pequeño cuadro en un salón del referido Club, y hoy se presenta con toda su verdad a nuestra imaginación, para servirnos de símil, al ocuparnos de la persona cuyo nombre está sobre estas líneas. Si, **el Victoria en descanso**, el

Victoria en su ataúd, pudiéramos decir después que tan brillantemente desempeñó su papel, después que condujo a su Capitán a la mayor de sus hazañas, después que lo llevó cadáver a las costas inglesas. Cuantas veces nos ponemos a contemplar a don Anselmo H. Rivas, en los días presentes, lo comparamos con aquella nave triunfadora, que hoy sólo sirve de reliquia, de recuerdo brillante en el suelo a que sirvió en horas muy tremedantes para el porvenir nacional.

La figura de don Anselmo H. Rivas es un verdadero inmaculadísimo santuario para aquellos de sus admiradores que han recibido de su pluma elocuentes mercedes que no han sabido en la práctica recompensar. Cuando de palabras se trata, cuando se trata de hacer apoteosis que no cuestan más que el movimiento de la lengua, entonces le convierten sus adictos en un ser ante el cual es preciso desnudarse la cabeza, y cuya opinión, como la de un profeta antiguo, no puede ser contrariada por ninguna otra, porque la suya es infalible. Así van las pasiones en el mundo, o negándolo todo y haciendo de un hombre de mérito un estropajo, o poniendo en olvido que los seres hechos del barro de la tierra tienen que ser en mucho defectuosos, y entonces elaboran a su antojo un personaje que no es real, una encarnación casi divina. Ha llegado el caso para un imprudente que delante de un círculo femenino de mujeres emparentadas con lo que se llama el **cachurequismo** de Granada, en que la dorada corte de bellezas se volviese como enjambre de furiosas abejas, para herir con burla o con duras palabras al que se atrevía a poner en tela de juicio si Rivas era o no era un oráculo santo. Nosotros mismos hemos presenciado en ocasiones en que nos hemos permitido censurar al simpático octogenario alguno de los pasos de su vida, hemos visto, a rostros muy dulces de continuo y muy bellos en todo tiempo, tornarse de súbito descompuestos y lívidos de cólera para demostrarnos el error imperdonable en que nos encontramos sumidos. Consigna es de nuestra vieja oligarquía, y consigna que se ha vuelto como una segunda naturaleza en ese círculo ayer imperante y hoy caído, la de no admitir a su confianza a quien sea capaz de apartarse una línea del modo unánime de pensar en cuestiones religiosas, sociales o políticas. No hay modo en esas filas del corazón del conservatismo de ser apto para ningún desempeño, sino se dice amén en cada sentencia que cae de los labios de sus sacros pontífices. Don Ansel-

mo H Rivas, ya lo dijimos, es uno de ellos, el primero quizá, y si atenerse debiera un escritor al hacer su juicio crítico, a la imagen de los entusiastas del señor Rivas le presentan en vez de un hombre sobre el cual gravitan como sobre todos los demás, las cargas de extravíos mundanos, daría a la historia ese escritor un santo, un héroe, un genio tras del cual las multitudes debieran caminar confundidas por el asombro. Ya sea que fallan sobre su talento en la oficina de un Ministerio, ya le sigan los que le aplauden incondicionalmente a la esfera de la diplomacia, ya le busquen en las horas en que su carácter cívico le pone enfrente de peligrosas situaciones, o bien vayan a contemplarle al lado de su mesa de redacción, para ellos está constantemente aquel hombre siendo la figura viviente del ideal de su partido, ideal que ellos suponen haber puesto en práctica, y al que suponen también el más perfecto de cuantos hay entre todas las inspiraciones del espíritu y de la inteligencia. Si nosotros fuéramos a dar por aceptado este molde para vaciar a nuestro protagonista, entonces mejor sería no haber tomado la pluma en nuestra mano, porque sólo seríamos un eco de lo que es ya la cartilla de la **cachista** agrupación.

Colocado Rivas ante otros jueces, los que difieren de él tanto en política como en cuestiones diversas, cuando estos árbitros son de aquellos que siguiendo un sistema contrario enteramente al de un opositor, hacen de lo que debiera ser simplemente controversia que ilustra, lid terrible de enconos y de odios, y de lo que no debía trazar más que límite superficial, leve frontera entre el todo que se llama patriotismo, un hondo y siniestro barranco que muchas veces ha rebasado en sangre y que ni lleno de cadáveres se puede atravesar, para que la misericordia y la humanidad se den la mano en señal de generoso advenimiento, colocado Rivas ante jueces tan severos en el mantenimiento de exageradas doctrinas, de tan implacables ideales, entonces el paladín del conservatismo granadino, da una completa vuelta sobre su eje, y lo que hace poco visto de ciertas alturas aparecía iluminado por el sol, se torna de pronto en una mancha oscura, en la cual sólo se distingue la nube humeante de las pasiones más horrendas. La vista de un rival afortunado para el ojo del vencido, aún cuando éste por influjos y circunstancias tenga por esposa a la mujer que más bien ha comprado que seducido, no es tan chocante para el marido a medias, como la sombra memorable de la vida pública de don Anselmo H Rivas lo es para algunos de sus recalcitrantes enemigos, que en los días actuales están formando en el rol de los que se levantaron en León el 11 de julio de 1893. No es cierto, sin embargo, que en el partido liberal cada uno de los miembros de esa agrupación que hoy se ha aumentado considerablemente, vea en el brazo derecho del que fue don Pedro Joaquín Chamorro, un dragón semejante al de la fábula, un hombre inconulto, fanático y plenamente servil. Muchos, aún de los principales caudillos del partido mencionado, teniendo, sí, que hacer un esfuerzo de voluntad para no dejarse influir por el rumor del vulgo, conceden

a Rivas condiciones tales como firmeza, talento y honradez. El señor Rivas, el último que sobrevive a una legión de hombres superiores que formaron el núcleo del partido en donde fueron elevados monumentos, Chamorro y otros de su talla, ha quedado en medio de constantes tormentas, erguido para recibir en su sola cabeza el flagelo que merecieran las culpas que en conjunto cometieron todos los de más fama en el conservatismo. Los pecados de varios los está purgando él solo. La jactancia de heráldicos blasones, tras de los cuales creyeron escudarse los errores políticos; la idea inveterada de que para una sola casa se habían creado los puestos de la nación, de que la República no marcharía bien, mientras esa casa no fuese la que se entendiera en legislar, en manejar las rentas y hasta la diplomacia exterior; los abusos que se cometieron en cada ramo de esos tan preciosos años para la existencia de un país, y en fin cuando fue equivocado en lo que se llamó régimen de los treinta años y que Rivas trató de colocar en el haber de su partido como mérito indiscutible, como una cosecha magnífica de frutos provechosos, se han condensado en vapores sombríos sobre la frente erguida de nuestro héroe, y los que no le quieren porque le envidian o le deben angustias y ostracismos, hacen caso omiso de sus virtudes como hombre y como estadista, y aún de su ingenio como cerebro, de tal modo, que sólo dejan a la contemplación de la crítica un deforme esqueleto que no puede causar otra cosa que repugnancia, cuando no sea miserable desprecio.

Es don Anselmo de elevada estatura, su andar, un poco desgarbado, como el de un atleta herido por la fatiga, no deja de tener un aire de grandeza y de inocente gracia. Su cabellera es tendida y suelta, casi cubre sus orejas. Su cabeza, aunque no muy bien torneada, revela que guarda bastantes ideales; sus ojos están llenos de lumbré y de viveza, y sus facciones todas tienen el corte arábigo que llegó a España con Tarif. Sus manos son elegantes, y como casi todos los hombres que sirven para algo útil, tiene los pies muy grandes. Viste por lo general de negro y de chaleco blanco, sobre el que luce una corbata que se amarra muy mal. Casi siempre lleva en la boca un cigarillo encendido. La vejez ha vuelto a Rivas un poco, ¿que diré?, bastante desmemoriado. Por las tardes síntese a leer a su puerta, y así que oscurece y se dispone a entrar a su habitación, coloca el libro sobre la acera, abierto y boca abajo, como si lo hiciera sobre una mesa de su alcoba. Algunas veces, porque el pueblo es honrado en la Sultana, el volumen amanece en el lugar en que lo dejó durmiendo su lector. Cuantas cosas llegan a sus manos, cuando va por la calle: periódicos, flores, cintas, frutas, todo lo echa en su bolsillo de pecho, y ese bolsillo se vuelve el canasto de sastre más completo que se puede encontrar.

Detallar a un hombre célebre como acabamos de hacerlo, es necesario, porque su figura debe ser completa para que la vean los ojos de los que no la conocen y para que la acepten las personas que como nosotros han tratado íntimamente a nuestro decano estadista y escritor.

XX

Hubo un gran hombre en Nicaragua, que logró por medio de su condición desprendida, de su claro

talento, de su altivo y a la vez ardiente corazón, reunir en torno suyo muchos partidarios, mejor dijéramos

mos acrecentar por medio del ímán de su figura, el número de prosélitos que había seguido a Fruto Chamorro a las batallas de la guerra. Hermano de éste valeroso Capitán fue el hombre a quien hacemos referencia, y se llamaba Pedro Joaquín. Digan lo que quieran todos los que se empeñan en aminorar su figura, en el fondo de sus conciencias está la seguridad de que aquél ilustre compatriota, sobre sus equivocaciones, que no fueron pocas en política, tuvo virtudes que el tiempo no podrá hacer olvidar y que ninguna pasión de partido podrá cubrir de sombras. Pues bien, si ese personaje tuvo admiradores sinceros, fieles creyentes de su profesía de fe, servidores incondicionales para mantener el pabellón de su doctrina, entre esos, como el cabecilla de todos ellos, como el más ardiente también, como el más devoto al mérito de Pedro Joaquín Chamorro, como el más listo a velar los tropiezos de éste en su camino hermoso, se encuentra colocado don Anselmo H Rivas, a quien la historia juntará como su inseparable compañero, con el caudillo conservador, a quien de tantos crímenes acusan sus contrarios, pero de los cuales no le alcanza ninguno porque ninguno ha cometido

Y hemos protestado no dejarnos subyugar al escribir estas semblanzas, por el influjo de las circunstancias ni por el medio ambiente, ni por todo aquello que conduce a un narrador en varias ocasiones a no decir la verdad, aunque sean sus intenciones muy sanas al principio. Nosotros permaneceremos impasibles contentiéndonos en contra del remolino de las opiniones, y casi tenemos la seguridad de poner fin a nuestra faena sin haber tratado de falsear los hechos, sin haber escrito nada que desdiga de nuestro recto proceder. La impresión que los acontecimientos nos produzcan será la que se debe encontrar en estas páginas, limpias de todo intento malévolo y de todo estudiado mecanismo. No habremos de mentir a sabiendas de que mentimos, no lo haremos jamás.

Causa con tanto brío mantenida, como fue la de Chamorro por el señor Rivas, llevó a este necesariamente a la idolatría, y pasó en inadvertida transición, de soldado de un ideal a fanático adorador de una personal entidad. No fue al paticio en su carrera pública, a quien don Anselmo H Rivas apareció ligado, sino que cuando aquella personalidad traspasaba los umbrales del hogar, para entregarse al reposo de su hamaca, allí Rivas era siempre más que íntimo consejero del noble republicano, el allegado imprescindible de su jefe. Y de aquella inspiración hacia la entidad moral de Chamorro, se deslizó su arrebatado admirador a cuantos seres estaban ligados a don Pedro. Esposa, hijos, hermanos de éste, recibieron del señor Rivas no desmentidas pruebas de culto y de pasión. Desde el pequeñuelo que agitaba sus manitas en la cuna, desde ese vástago, nieto adorado de la casa señorial, hasta el viejo sirviente de esa misma heredad, encontraban en don Anselmo H Rivas un aplauso de amor. Sonreía el infante o se ponía enfermo, para el señor Rivas eran cuestión de estado aquella sonrisa o aquel triste malestar. Moría acaso el servidor antiguo que había sido el ayo de muchos de la familia Chamorro, y como si fuera por cercano pariente, el señor Rivas se ponía de duelo y suspiraba de verdad. Y cosa extraña, nada de esto en tal hombre implicaba servilismo, sino que su frenesí por

la figura de don Pedro Joaquín Chamorro había llegado a convertir en grave monomanía aquella veneración que empezó el señor Rivas sintiendo por una fórmula política y acabó corriendo parejas con la de Sancho por el noble caballero Don Quijote de la Mancha.

Ya descrépite el héroe de esta semblanza y rota y confundida la ilustre familia que por mucho tiempo tuvo el poder en Nicaragua, el señor Rivas no pisa la morada de un Chamorro sin no sentirse conmovido por la emoción, al pensar en la gloria que ciñe la frente de los que habitan allí. Para él siguen siendo los descendientes de su cívico capitán, los únicos capaces de empuñar las riendas del gobierno nacional. ¡Digno ejemplo fuera el suyo, si cuanto peca en él de exagerado no pudiera tomarse como egoísmo, como proceder sistemático, o como perenne adulación!

Y bien, ¿qué papel corresponde a Rivas en el escenario público de su suelo natal? Bastaría enumerar los hechos en que ha tomado parte o sido actor principal, para que tras algunos latigazos que se merece como pecador consciente en lamentables e inolvidables desvíos, fuera digno en seguida de merecer un pedestal para su estatua en las plazas de la República. Por su descuido, por su engreimiento, sufre Nicaragua vejámenes que la dejan por mucho tiempo herida, acostumbra en parte el corazón popular a una como especie de tutoría, de la cual Rivas se siente dichoso si de ella no ha de salir su pupilo. Quiere a todo trance que un régimen gastado en mucho, permanezca como un muro que estando en pié, ya parece desplomarse; quiere, decimos, que ese régimen yazga eternamente venerado y circundado de incienso, y a cualquier zapador que levanta una barra para golpear alguna de las piedras de aquel trémulo cimiento, Rivas se le vuelve encarado, cual celoso masfín de sus ovejas, y le condena en duras voces, y le increpa como airado semi-dios, para que no profane con ese golpe, según el paladín conservador, la dignidad de la patria. Porque para Rivas llega una hora en que casi se confunden los intereses comunes de la nación con los particulares intereses de los miembros de un partido y del bienestar de un sólo techo. Llegan horas en que ese hombre tan necesario, bota de su pecho la idea de que no se pueden personalizar ciertos manejos que corresponden al todo de la vida nacional, en que niega ese político, defraudando así sus dotes de estadista, que la centralización es la ruina segura de la democracia, por la cual él mismo había batallado tanto, y se ve como el hombre sin excepción, animal de rara especie, sostiene dogmas que si no rechaza criminalmente en la práctica, no puede ponerlos en la vía de los hechos. Viendo a Rivas por una faz tan decaída en su entidad, está uno tentado a sacarlo del gremio de los bienhechores de su país, y si no fuera que su honradez sublime, que su pobreza intachable le ponen a cubierto de cualquier emboscada de la calumnia, se diría que, simple asalariado, este célebre espíritu no tuvo más misión en los días en que estaba en la fragua de la política, que la de forjar cadenas para los siervos de feudales señores. Bajo esta faz, hecha más desagradable aún por el encono de enemigos jurados, es que en muchas mentes de hijos del país aparece don Anselmo H. Rivas, pero, como atrás dijimos, ningun-

no de sus falsos dilemas alcanza las proporciones de maldad que quieren atribuirle varios de mis compatriotas y hasta muchos extranjeros, entre estos últimos algunos que para dar documento de seguridad, insultan la hermosa presencia del señor Rivas, en momentos en que éste, ídolo tumbado de los altares del poder, puede ofrecer al que lo pisa una ocasión de bienestar.

Por otra parte, hagamos un alto en el campo que pertenece a las buenas acciones de don Anselmo H Rivas. Veámosle llevar por estandarite la moderación, que no le abandona ni un sólo instante, veámosle buscar con el alma el bien de sus dominios patrios, veámosle llorar con ellos en los días de tribulación, y aún exponerse a bastante peligros cuando la independencia de sus lares penates se ve amenazada por el acero del tétrico invasor, veámosle levantar su voz autorizada en todo instante en que el desorden de la familia nicaragüense, provocado por la ambición, despierta su inconsculta gritería y desconoce por algunos momentos los principios de la concordia y de la paz.

¿Qué le importan entonces al gran hombre ni su propia tranquilidad, ni su salud, ni sus haberes tan escasos, ni el amor de los suyos, ni aun el encierro ni el ostracismo? De su propia vida no se acuerda cuando esa otra gran vida de la República se halla en garras de una perturbación general. Entonces, como la madre que a la orilla de una cuna adorada ve gemir al pequeñuelo, y comprende que está grave, y se desvela noche tras noche, la mujer amorosa, contemplando a su hijo y atendiendo al menor de sus movimientos o suspiros, entonces, sí entonces, el decano patrio se convierte en algo así como esa madre solícita y no se aparta del lugar que le señalan su corazón y su deber. Entonces, quisieran los que así lo recuerdan, ir a ofrecerle una silla de senador romano para sentarle en presencia de la posteridad.

Contemplemos a Rivas salir para el destierro. Su semblante va iluminado por un sincero resplandor; en su boca hay una sonrisa desde el instante en que pone el pié en el carruaje que se lo lleva de su casa, hasta cuando el vapor que lo arrebató de sus riberas, salta sobre las olas, conduciendo a extrañó clima, al venerable viejo, que ignora si volverá con la llama de la existencia a desembarcar aquí donde tiene sus esperanzas y su amor. Acaso algo le ha dicho muchas veces al ver borrarse la playa en donde quedan sus hijos: sólo tus frías cenizas vendrán de nuevo a estos sitios a recibir el homenaje del respeto y del cariño. Y cuantas veces sus ojos nublados por una lágrima en la ausencia, dejaron conocer a su Dios la enormidad de su amargura! ¿Y todo por qué? porque todos los apóstoles están condenados a llevar, como el Maestro, aunque esa alguna espina de la corona del Calvario. Pero don Anselmo H Rivas ha regresado de sus obligadas excursiones con el alma siempre nueva, que en él, como en el escaso número de los seres superiores, la dureza de la suerte no alcanza a poder aguar el espíritu, que siempre es un cordial que sirve para vivo alimento de su dueño, a la vez que de bálsamo para todos los heridos o enfermos, desesperanzados o afligidos, que tienen fija la mirada en una tierra de promisión hacia la cual caminan como el Moisés de La Escritura.

Ya queda ligeramente bosquejado el señor Rivas,

en su calidad de estadista, de personaje público y patriota, y sin pretender nosotros haber hecho un acabado esbozo de nuestro héroe, creemos haber podido presentar a la vista de los lectores de ésta semblanza, una aunque sea mediana demarcación que separa el exagerado fallo de los entusiastas sin freno del señor Rivas, del no menos deforme retrato que de él hacen sus detractores. Ni completo en absoluto cuando la virtud pone su escalpelo sobre su conducta, ni fatídico en demasía cuando el odio le descuartiza.

— o —

Ahora vamos a ocuparnos de este notable hombre en su calidad de escritor, en su genio de periodista. Tarea más difícil sin duda de ser desempeñada por nosotros, pero a la cual nos arrojamus con cierto grado de confianza que nos da la juventud.

En la prensa de Nicaragua, don Anselmo H Rivas ocupa uno de los principales lugares. Sin ser erudito, sus artículos revisten un ropaje bien elegante, que hace que sean aceptados con agrado por los gustos más finos de estas regiones. No es un escritor atildado, no es el pulcro torneador de frases que deja suspenso el ánimo con giros atrevidos y perfectos, ni el innovador valeroso que pasando sobre muchas vallas que las reglas del idioma levantan en el camino del pensador, se lanza con alas sobre los obstáculos y responde con el éxito a sus atrevidos arranques. Rivas se contenta con ir hasta donde puede, no pretende lucir más galas de las que corresponden a su jerarquía. Los escritores que son muy medianos por lo común hablan en un lenguaje que quiere codearse con el del genio, y se quedan haciendo de payasos o de reyes de comedia. A este propósito vamos a ilustrar con un ejemplo lo que parecen esos tipos que pretenden hablar mejor de lo que se les alcanza; que nos dan a probar en copa de oro un vino de grosella. Paseábamus un día por una calle de Washington en compañía de un caballero, que había vivido por veinte años en los Estados Unidos. A poco vimos venir cerca de nosotros a un hombre con paso de soberano, recorría las aceras. Su vestido era como sigue: pantalón de finísimo casimir blanco, botas de un charol esplendente, casaca de paño rojo, y el pecho cubierto como por diez colgajos de oro, gruesos entorchados que partiendo del cuello, ondeaban sobre el busto y se prendían en los hombros, adornados por enormes charreteras; sobre la cabeza llevaba nuestro conocido un sombrero de tres picos, como jamás un general austriaco en un día de gala, lo ha lucido mejor. Quédeme asombrado y entusiasmado al ver aquella figura, y dije a mi compañero: por Dios, ¿quién es ese hombre, es el comandante en jefe de las fuerzas navales y terrestres de la Unión? Mi amigo quedóme viendo con sarcasmo y me dijo, poniéndose el pomo de su bastón sobre los labios: "es un pobre mantequillero que se disfraza de ese modo para anunciar su mercancía." Tal sucede con muchos autores, que engañan con sus conceptos, con sus oropeles a los que no saben apreciar sus costumbres ni sus mentiras, pero que a todo aquel que les tiene conocidos, lo que le causan es solamente risa. Desde el título de sus composiciones hasta el último párrafo de ellas parecen gigantescos, pero son como esos enormes muñecos formados de zacate, que ni en pié pueden tenerse, ni sirven para nada. La pluma

del señor Rivas es como abierta llanura donde la naturaleza deja ver muchos de sus atractivos, y en donde algunas irrigaciones del arte y del estudio, han contribuido a fecundar aquel paisaje; a matizarlo con las flores de una sana poesía y a poblarlo con los frutos de sólidos pensamientos. El estilo de sus escritos, ya lo hemos dicho, no resplandece como un diamante, pero es variado y sostenido, vibra como una campanilla, haciéndose percibir entre el vocerío destemplado de la cohorte de escritorzuelos de que están llenos nuestros huertos. Con su pluma tan maciza como su carácter ha sabido grabar sobre el corazón de la patria imágenes inolvidables, y sus artículos políticos, si han de ser barridos por la escoba del tiempo, en muchas de sus partes dejarán siempre en el puchero una dosis regular de pariótica sustancia.

Tal es Rivas escritor, en la acepción general de esta palabra, pero si se le analiza como diarista, hay que convenir en que no es muy a propósito para el combate del brazo arremangado, para el cotidiano ejercicio de puñetazos a que sin tregua tiene que verse sometido ese terrible **boxeador** que se llama periodista. Le falta mucho del cinismo que debé tener ese atleta encargado de atender a muchos acometedores, le falta bastante desenfado y cierta dosis de audacia especial, que forman la base del genio de la polémica, de esa polémica en que no hay más tiempo para el estudio de la causa, que brevísimas horas llenas de agitaciones y de grandes desengaños. Es preciso que al despertar cada mañana ya esté arreglado el plan de campaña, es como si dijéramos que hasta dormido debe el periodista alistar sus disposiciones, poner en línea sus soldados, ordenarlos para la carga, y que al primer rayo del día solo haga falta su voz de mando, para que se precipiten sus pensamientos sobre el enemigo y lo arrollen con su empuje y lo anonaden con su violencia. Quedamos, pues, en que el señor Rivas es entre nosotros un escritor de mérito elevado, un pensador de considerable fuerza, pero que en la arena de la prensa, si ha sido galano en la apostura como desnudo gladiador, sus golpes no fueron, sino muy pocas veces, puñaladas decisivas o mandobles de muerte. Bueno para la esgrima del salón donde el florete tiene la punta embotada, airoso en ella, y elegante, en los encuentros de la caballería bajo el sol de la llanura, en los choques contra el cuadro de los infantes que presentan la bayoneta, siempre ha sido desmontado de su corcel de guerra.

Como un general que confiado en la victoria de sus tropas, las mira desde la eminencia donde se ha colocado, perder terreno, desordenarse y ser vencidas y luego las contempla diezmadas en torno suyo y comprende que rehacerlas es imposible ya, de igual modo el señor Rivas ha tenido ante sus miradas, por vivir muchos años, el dolor de ser testigo de la inmensa catástrofe. Ha contemplado a los hijos no ponerse a la altura de los padres, ha visto degenerado el espíritu fuerte de los muertos queridos, ha presenciado el apocamiento de las almas y de las inteligencias rendidas a discreción, y cortadas por el centro las columnas del conservatismo, y arrojadas en vano todas las reservas al campo de batalla, se ha encontrado el pobre anciano en medio de un escenario de ruina y de castigo. Ante estos acontecimientos que han empujado la bandera de la aristocracia a la hon-

donada del camino, cuando se ve en el centro del naufragio al inspirado paladín, cubierta la frente de tristeza y el corazón herido por el desengaño, no puede uno menos de pensar en que Dios, por inesperados senderos, se presenta aplicando la pena a las faltas que los hombres van cometiendo en su carrera. Sufre don Anselmo H. Rivas una parte de la amargura que le corresponde, el cielo justo pero inexorable impone a esa ancianidad su penitencia, y se la impone bajo la forma que podía ser más dura para el señor Rivas, en la de conducirle hasta los días del presente, para que sus pupilas conocieran hasta qué profundidad se había despeñado el ideal que él quería sostener sobre la cumbre. Eso es lo que le corresponde de ese lado, del lado de sus grandes errores en política, ese el tormento a que no puede esquivarse, ése el verdugo que lo lleva al cadalso de una inmensa expiación. El señor Rivas ya no combate, ni quiere, ni puede combatir, se cruza de brazos resignado, y sin esperanza de una reacción en los miembros de su gremio, se sienta entre los escombros, como lo hizo Mario sobre los de Cartago, y comprende aunque tarde que el númen republicano sólo quiere para su servicio el concurso de los buenos, pero que no entresaca solamente los trabajadores para su obra de un círculo especial ni de una sola asociación. Todo egoísmo es funesto, y cuantos intenten probarlo verán el resultado.

Pero si para el hombre de las equivocaciones está ese panorama de pesares, si para ese que bajará a la tumba sin romper de nuevo el silencio a que él mismo se condena, así se ha cubierto de espinas la senda de la postrer etapa de su vida, en cambio para ese mismo hombre cuando presenta el documento de sus virtudes, de su conducta preclara en la mayor parte del tiempo que estuvo ocupado en el bienestar de su pueblo, hay algo que cuando ese personaje recuerda lo que es, debe llenarle de orgullo merecido y de alegría sin igual. La sociedad y la historia descartan bien pronto lo sano de lo enfermo y condenan a esto último al infierno de su cólera, y a lo primero le conceden su laurel.

Ya vimos cuál es la pena que se ha impuesto a la parte viciada de la existencia política del señor Rivas; ¿cuál es el galardón que le ha tocado en recompensa por cuanto llevó a efecto de grande y duradero? Es el amor de la juventud que le consulta, vanidosa de tener un mentor como él, es ella que se ufana de quitarse el sombrero cuando le ve pasar, como ante una imperecedera gloria de la patria. Recompensa de don Anselmo H. Rivas por sus preclaras lides, recompensa fueron los puestos públicos que su mano dirigió; recompensa son los tributos de veneración y de afecto entrañable que el señor Rivas no puede negar que recibe del núcleo de la sociedad de Nicaragua, y habrán de ser recompensa para los bellos atributos del señor Rivas, el llanto de nosotros cuando nos diga adiós en la partida eterna, el afán con que nuestros brazos se habrán de disputar la triste dicha de llevar al grande hombre al cementerio, porque ya no es posible dudar de que el destino le permitirá que rinda su aliento en este suelo, y serán recompensa también para la memoria de tan viva figura lo que digan de ella el día de mañana las generaciones que recojan su nombre para ponerlo en su bandera.